

AGRICULTURA SUSTENTABLE ANTE LA CRISIS DE FAUSTO

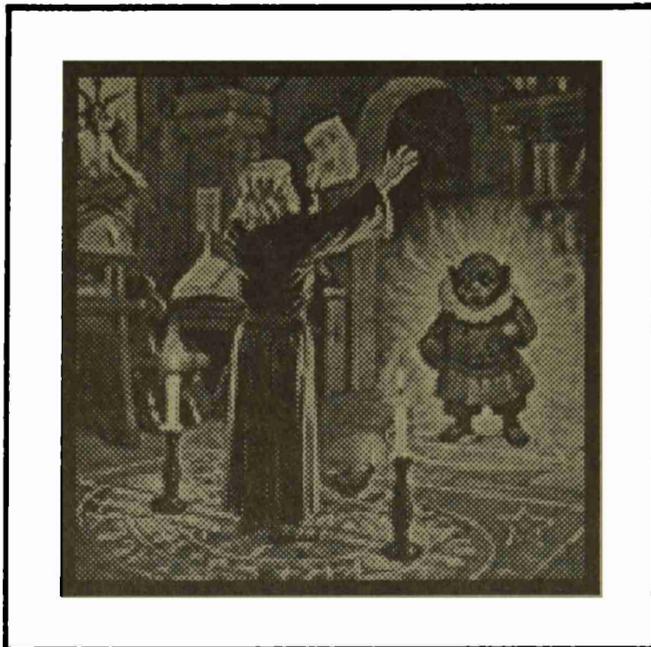
ABOG. MARISA A. MIRANDA



*Miembro de la Carrera
del Investigador Científico del CONICET;
Prof. Adjunta Derecho Agrario.
U. N. L. P.*

◆ Si preguntáramos a cualquier persona sobre la idea que le inspira el vocablo plaga, seguramente responderá que es algo que invade, que ataca, que perjudica, y ante lo cual somos eminentemente vulnerables. En definitiva, una entidad que debemos eliminar o que, en caso contrario, acabará con nosotros. El concepto es identificable entonces, apriorísticamente, con lo malo, lo dañino, lo tanático, lo apocalíptico, lo escatológico. Contrariamente, lo bueno es todo aquello de lo que la plaga ávidamente se apodera, destruye o mata. Resulta necesario, entonces, exterminarla.

Partiendo de la tradicional premisa que identifica al progreso del hombre como el incremento de la dominación de todo componente aleatorio que lo circunde, vemos que, luego de la adopción de la agricultura y, por ende, del sedentarismo, comienzan a afianzarse las categorías de *bueno* y *malo* en el mundo natural. A partir de allí se llega a concebir como *bueno* aquello que sirve de alimento o proporciona materia prima para la satisfacción de necesidades básicas; siendo malo lo que impide u obstaculiza la concreción de aquéllas. Esto genera la denominada presión selectiva: solamente interesa poseer y producir— lo que sirve, lo que es



útil, diseñando las más diversas estrategias tendientes a aumentar su producción y disminuir la de lo que no proporciona utilidad.

La elaboración cognoscitiva de los conceptos de *bueno* y *malo* aplicados a la naturaleza, a partir de la idea de progreso —y a expensas de aquélla—, ha sido sostenida por numerosas corrientes filosóficas, políticas y económicas. Todo progreso implicó, hasta avanzado el siglo XX, un afianzamiento y consolidación de la supremacía humana por sobre lo demás creado.

El pensamiento aristotélico sostuvo que las plantas fueron concebidas para los animales y dado que la naturaleza no deja nada incompleto o en vano, todos los animales han sido hechos para el hombre. Por su parte, desde el teocentrismo se diseñó a Dios como un ser cómodamente posicionado *sobre* la especie humana, la cual, asimismo, fue ubicada por *encima* del mundo natural. Se deduce de ambas líneas argumentales que la felicidad del ser humano dependía del dominio que ejerciera sobre el mundo natural. Para lograrla ha deteriorado suelos, contaminado cursos de agua, sofocado y asfixiado especies silvestres, es decir —fáusticamente— se ha desarrollado. Y sostenemos ésto, toda vez que la figura del Fausto, de Goethe, podría ser enarbolada como símbolo de irresponsabilidad científica y de indiferencia ante la vida, al colocar al desarrollo moderno por encima de sus destinatarios.

En este orden de ideas lo *bueno* se confunde —en el plano natural y en un contexto agroecológico determinado— con lo *útil*. Lo malo con lo *no-útil*. Lo *bueno* es lo que fomenta al progreso. Lo *malo* es lo tanático,

lo apocalíptico, lo escatológico: la plaga. Contrariamente, lo *bueno* es todo aquello de lo que la plaga ávidamente se apodera, destruye o mata. Y constituye precisamente una impronta humana procurar la destrucción del mal que anida en algunas criaturas inferiores, ya sea a imagen y semejanza de su Dios que claramente domina al demonio; o bien, por su superioridad racional sobre lo demás existente.

Y para hacerlo el ser humano no tiene límites. Ni su Creador los insinúa, ni su razón los torna imaginables. Es a partir de este supuesto —entre otros— que el mundo occidental ha construido el moderno paradigma fáustico de desarrollo agropecuario. Para eliminar la plaga son necesarios perjudiciales compuestos. Cada vez más perjudiciales, tanto para el hombre mismo como para el medio. No obstante, la ceguera que lo aqueja, lo obnubila —igual que a Fausto— y bien concibe los recursos naturales como inagotables; o espera mágicas soluciones provenientes ya de la naturaleza, ya de los adelantos tecnológicos clara expresión de la superioridad humana.

Últimamente dicho engranaje conceptual viene siendo severamente revisado, pudiendo llegar a afirmarse que el mentado paradigma está en crisis, ante el atento avance de su competidor: el postulado del desarrollo sustentable. Al respecto, son destacables los cuestionamientos que en la década del 60 se iniciaran con *Silent Spring*, de Rachel Carson, acerca de la indiscriminada utilización de agroquímicos durante la denominada Revolución Verde. Sin embargo, estas advertencias tuvieron una débil recepción en países periféricos,



como se evidencia aún hoy en la Argentina, donde el consumo de fitosanitarios sufrió un incremento del orden del 150% entre 1991 y 1996.

Sabemos que las tecnologías apoyadas en el uso de paquetes bioquímicos, manejo intensivo, riego y equipo agrícola dependiente de combustibles fósiles, crean ambientes artificiales cada vez más alejados de la condición natural, surgiendo severos interrogantes acerca de la viabilidad de estos modelos en el largo plazo.

Por otra parte, conocidos son los postulados neomalthusianos que predicen la imposibilidad de alimentar un número creciente de personas y la necesidad de recurrir a medios químicos para mejorar la capacidad intrínseca de los recursos.

Al construir el concepto de *no-utilidad* a partir de la premisa de obtener resultados productivos inmediatos, buscando medios y mecanismos compatibles exclusivamente con ellos, se propicia —inexorablemente— la agresión a cualquier ente calificado coyunturalmente como *no-útil*, con el objeto de conseguir el bien actualmente apreciado. Para esto, no se escatima en tecnologías destructivas. La rapidez y efectividad priman por sobre la conservación del entorno. Algo es eficaz, entonces, si otorga beneficios instantáneos. Los productos útiles lo son.

Los medios y mecanismos para exterminar los *no-útiles*, también. Cualquier medio. Cualquier mecanismo. El planteo que surge de este maquiavélico razonamiento es exasperadamente individualista y se basa en una estrecha visión económica y cortoplacista.

El manejo racional de los recursos naturales propor-

ciona importantes beneficios —entre los que se incluyen los económicos— pero en el mediano o largo plazo.

Es indudable, pues, que existe un conflicto paradigmático entre los ideales del desarrollo fáustico —el paradigma en crisis— y los de la sustentabilidad agroambiental —el surgente—. Sabemos que el precio del primero es gravoso. Fausto se encoge de hombros ante el homicidio de Filemon y Baucis: dos hospitalarios ancianos muertos por el diablo Mefisto y sus secuaces con el objeto de que Fausto pueda precisamente desde el lugar que ocupaba la vivienda de aquéllos— construir una torre para mirar, narcisísticamente, el mundo que él ha creado.

Hemos dolorosamente aprendido que el desarrollo *per se* carece de sentido si no está inspirado en su destinatario final: el hombre en el contexto medioambiental.

Y ésto implícitamente es reconocido por Fausto en su ocaso, cuando lo visita Zozobra, una mujer espectral que le echa su aliento, dejándolo ciego. Su ceguera física simboliza, como señala Marshall Berman, el mal moral que lo aquejó desde el comienzo.

Frente al desvanecimiento de los postulados fáusticos cobra trascendencia el paradigma del desarrollo sustentable, al que podríamos conceptualizar como la concreción de la idea de que la Tierra no es algo heredado de nuestros padres, sino algo prestado por nuestros hijos. No deberíamos esperar, esta vez, la venida de Zozobra. Cuando ella llegue, ya todos estaremos ciegos. Indefectiblemente. □